

**MÁS ALLÁ DE LA CIUDAD LETRADA.  
EL INTELLECTUAL, LA CIUDAD Y LA NACIÓN  
EN LA VIRGEN DE LOS SICARIOS DE FERNANDO VALLEJO.**

VICTORIA ORELLA DÍAZ-SALAZAR  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA (ESPAÑA)

**Resumen:** En este artículo se explora la relación entre la figura del intelectual, la representación de la ciudad y la construcción de una comunidad nacional imaginada en la novela *La Virgen de los Sicarios*, de Fernando Vallejo. Una historización de esta relación permite situar y comprender el diálogo crítico que la novela establece con más de dos siglos de historia cultural e intelectual latinoamericana y colombiana. Desde este enfoque, se argumenta que las diferentes posicionalidades, a veces contradictorias, adoptadas por el narrador en su representación de la ciudad y de la comunidad nacional, oscilando entre el *legislador* y el *intérprete*, señalan hacia una problematización de la misma representación.

**Palabras clave:** Intelectual, ciudad, comunidad nacional, representación.

**Abstract:** It is explored in this article the relation between the figure of the intellectual, the representation of the city and the construction of a national imagined community in the novel *La Virgen de los Sicarios*, by Fernando Vallejo. A historization of this relation lets locate and understand the critic dialogue that the novel sets with more than two centuries of cultural and intellectual Latin-American and Colombian history. From this focus, it is argued that the different positions, sometimes contradictory, adopted by the narrator for his representation of the city and the national community, oscillating between the *legislador* and the *intérprete*, show a problematization of the representation itself.

**Key words:** Intellectual, city, national community, representation.

**Résumé:** Dans cet article, on analyse la relation entre la figure de l'intellectuel, la représentation de la ville et la construction d'une communauté nationale imaginée dans le roman *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo. La contextualisation historique de cette relation permet de situer et de comprendre le dialogue critique que le roman établit avec plus de deux siècles d'histoire culturelle et intellectuelle latinoaméricaine et colombienne. A partir de ce point de vue, on postule que les différents positionnements, parfois contradictoires, adoptés par le narrateur dans sa représentation de la ville et de la communauté nationale, qui vont du *législateur* à l'*interprète*, indiquent une problématisation de la représentation elle-même.

**Mots-clés:** intellectuel, ville, communauté nationale, représentation.

## 1. INTRODUCCIÓN. CIUDAD, INTELLECTUALES Y NACIÓN EN LA AMÉRICA LATINA DEL SIGLO XIX

A partir de los procesos revolucionarios que a lo largo del siglo XIX desembocaron en la independencia de los territorios latinoamericanos, la ciudad deviene el *locus* de la modernidad y del nuevo nacionalismo en el pensamiento de gran parte de la intelectualidad criolla —ejemplo paradigmático sería el caso de Sarmiento—. El rol que Sarmiento, entre otros intelectuales, otorgará a la ciudad en la construcción de la nación, su alegato acerca de la función modernizadora de esta, se podría decir que nos conduce “to the old Mediterranean notion that the city (*civitas*) is one with ‘civilization’”(Morse, 1978:219).

Desde esta perspectiva, los intelectuales pertenecientes a la élite criolla, que tras las revoluciones independentistas, tenían las riendas del poder, van a narrar la ciudad —generalmente la capital— convirtiéndola en paradigma mayor de una identidad nacional. La ciudad deviene el lugar desde el que, en este momento de consolidación nacional, se negocia lo que es incluido y excluido del proceso modernizador y de creación de *lo* nacional. Una negociación que se fundamentará en la interpretación de lo que se integra o se resiste a lo moderno —tradicional—, lo urbano —rural—, lo civilizado —bárbaro. Así, a pesar de que en la mayoría de los países la población era principalmente de carácter rural, “the images of the national were displaced to the cities, and the urban model became the modernizing paradigm par excellence” (Herrera, 2003:66).

En este trabajo de narración de la ciudad/nación, tendrán un lugar fundamental los intelectuales orgánicos (Bauman, 1997). Esa figura del intelectual habría que definirla, para mediados del siglo XIX, como una figura estrechamente vinculada tanto a las letras como a la política. El intelectual se define como orgánico en el sentido en que, como señala Gramsci, actúa como mediador simbólico (intérprete) y al mismo tiempo como productor de ideas y educador —ambas acciones, no solo las de producir y educar sino también la de interpretar, con un evidente carácter performativo.

Según esta conceptualización, el intelectual orgánico equivaldría al *letrado* según la obra de Ángel Rama; aunque el concepto de este autor resulta muy amplio —al intentar abarcar más de dos siglos de relaciones entre literatura o letras, y poder— y acaba subsumiendo realidades que implican ya transfor-

maciones radicales en esas relaciones, como señala Julio Ramos (1989:70-71). El intelectual gramático que detenta un cargo público, a la manera de un Andrés Bello o incluso de un Sarmiento, aparece como ejemplo paradigmático de esa relación entre pensadores, letras y nación. Y podríamos agregar ciudad, ya que eran las letras –su correcto uso– las que proveían, en ese momento de consolidación de los Estados nacionales, “el “código” que permitía distinguir la “civilización” de la “barbarie”, la “modernidad” de la “tradición”, marcando así los límites de la deseada *res pública*” (Ramos, 1989:63) cuyo ámbito por excelencia no era otro que la ciudad.

La ciudad es el lugar donde se constituyen las instituciones proyectadas como necesarias para el establecimiento de una clase intelectual y dirigente que es la encargada de construir y establecer la nueva nación. Desde estas instituciones se escriben las leyes, se dictan las constituciones, y para los habitantes de la ciudad –para los que saben leer– es para quienes se crean esas leyes. En este sentido, la escritura no tiene tanto un valor estético como racionalizador. Las letras son un “dispositivo disciplinario” (Ramos, 1989:63). Por tanto, la formación del ciudadano se pensará como un proyecto ligado a las letras, a la capacidad ordenadora de la lengua que convierte a los habitantes de la nación –aunque, principalmente se liga al ámbito de la ciudad– en sujetos de la ley.

## 2. COLOMBIA, PAÍS DE GRAMÁTICOS

En el caso de Colombia, la relación entre el buen uso de las letras, la gramática como ordenación de la *parole* –lo natural, lo bárbaro-, y la política se dará en un grado sin equivalente en otras partes del continente<sup>1</sup>. Malcom Deas señala al respecto: “[g]rammar –mastery of the rules and mysteries of language–was an important component of the *hegemonía conservadora*, the Conservative party hegemony which lasted from 1885 to 1930, and whose effects persisted until much more recent times (1992:49). A esta estrecha relación se suma, durante el período conocido como *Regeneración*, un tercer elemento: la religión. La lengua y la religión católica eran consideradas por los

---

<sup>1</sup> Colombia fue el primer país que contó con una institución como la Academia Española de la Lengua, que recibió la aprobación de la Academia en España. Sus miembros fundadores y la mayoría de sus integrantes pertenecían al partido Conservador.

gramáticos que ocuparon altos puestos en el poder –incluso la presidencia– como una forma de mantener el orden social y evitar el caos y la barbarie. En este sentido, Erna von der Walde comenta las constantes analogías entre lengua y orden político que pueden encontrarse en los escritos de Miguel Antonio Caro –presidente, gramático y redactor de la constitución de 1886–, basando ambos en la idea de pureza y estableciendo un círculo vicioso en esa relación, al servir cada una de fundamento a la otra: “la ciencia del lenguaje les servía de sustentación de principios morales, a la vez que la moral operaba como criterio para fundamentar aspectos de la lengua” (1997:71).

El proyecto de nación basado en la lengua hispánica y la religión católica, dejaba fuera de esa comunidad nacional imaginada a las mayorías mestizas y al conjunto de hablas no hispánicas. Es decir, por fuera de esa ciudad letrada, del otro lado del muro de signos edificado por estos gramáticos (Rama, 1984), se extendía el país ‘real’ (Erna Von der Walde, 1997:79). La lengua se erigió, entonces, en modo de legitimación y de exclusión. Más que una forma de comunicación, la lengua fue un sistema autorreferencial en la medida en que las clases dirigentes, los gramáticos, obviaron las características del país y la coyuntura histórica y se dedicaron a actuar sobre la lengua misma.

Los tres pilares en los que se articuló el proyecto de nación de los conservadores –hispanismo, catolicismo y saber letrado– durante la Regeneración, no solo fundamentaron la exclusión de las mayorías mestizas e iletradas, sino que, por la misma impermeabilidad que generó a las ideas modernas, acabó confinando a la intelectualidad ilustrada a un espacio de marginalidad cultural (Erna von der Walde, 1997). Una fuerte dicotomía entre modernidad y religiosidad se convirtió en una de las bases fundamentales del discurso del partido conservador, situando del lado de la modernidad, los valores de la igualdad, el progreso y la participación democrática.

### 3. EL INTELLECTUAL-LITERATO Y LA CIUDAD: TRANSFORMACIONES FINISECULARES

Desde finales del siglo XIX, sin embargo, se producen diversas transformaciones que deben señalarse para contextualizar en el análisis las relaciones entre la ciudad, la nación y el intelectual en la novela de Fernando Vallejo, *La Virgen de los Sicarios*.

En primer lugar, los importantes cambios que se produjeron en las relaciones entre el campo de la literatura y el de la política, lo cual, siguiendo a Ramos (1989), nos permite comprender el re-posicionamiento del intelectual-artista frente a las estructuras de poder. A fines del siglo XIX se produce la autonomización de la esfera literaria respecto de la esfera política identificada con el Estado, el cual racionaliza y también autonomiza su mismo territorio socio-discursivo (Ramos, 1989:70-71). Desde esta perspectiva, el intelectual-literato modifica su relación respecto al poder estatal, situándose frecuentemente en oposición a este. Esta autonomización de la esfera literaria está ligada a la modernización que atraviesan los estados nacionales a fines del siglo XIX y comienzos del XX, que instaura la división del trabajo. Frente a esta división del trabajo y frente al creciente papel que adquiere el mercado en las sociedades modernas, los intelectuales buscan legitimar su saber poniendo énfasis en el carácter desinteresado y objetivo de sus propias prácticas intelectuales y artísticas. Su nueva autonomía irremediamente los posiciona fuera del círculo del poder; pero, al mismo tiempo, sostienen los intelectuales, ese estar fuera, esa *marginalidad*, les permite situarse a la distancia correcta desde la que se hace posible efectuar una crítica objetiva del poder.

En segundo lugar, el mismo rol de la *intelligentsia* literaria en la creación de símbolos nacionales se ve transformada por la aparición y masificación de los nuevos medios de comunicación como la radio o la consolidación de medios artísticos como el cine. Este factor es muy importante en el caso colombiano, ya que el fin de la hegemonía del partido Conservador en 1930 y el intento de llevar a cabo reformas sociales para integrar en el proceso modernizador -sobre todo a través de la educación- a amplios sectores antes dejados de lado, coincide con el auge de estos nuevos medios. La radio, más que la lengua, fue la que permitió la conformación de un imaginario nacional con el que las capas medias y bajas de la sociedad pudieron sentirse identificadas. En Colombia, al igual que en otros países, la radio, como parte de un proyecto de modernización, tuvo un papel muy importante como mediador entre las culturas rurales tradicionales y la nueva cultura urbana de la sociedad de masas, introduciendo en esta elementos de la oralidad y la expresividad de aquellas, y posibilitándoles hacer el paso de “la racionalidad expresivo-simbólica a la racionalidad informativo-instrumental que organiza la modernidad” (Martín Barbero, 2004).

Por último, a pesar de que las representaciones de la ciudad no fueron nunca del todo homogéneas –las visiones positivas se mezclaron con otras menos laudatorias-, a partir de fines del siglo XIX la ciudad se vuelve, en la representación de los intelectuales y artistas, el “lugar de una violencia fragmentadora del yo; lugar en el cual el poeta (incluso en su propia ciudad) es el exiliado por excelencia” (Ramos, 1989:73). Esta experiencia se relaciona con los profundos cambios que atraviesan las ciudades entre finales del XIX y comienzos del XX. En esta época, tanto el aumento en la escala de las ciudades como la mayor complejidad de la organización social hicieron “cada vez más difícil sostener cualquier supuesto de una comunidad conocible –una comunidad completa, completamente conocible” (Williams, 2001:215). Aparece, así, un sentido de lo extraño, de lo inexpresable, asociado generalmente a la presencia de la ‘multitud’ en la ciudad.

#### 4. LA VIRGEN DE LOS SICARIOS DE FERNANDO VALLEJO

Publicada en el año 1994, *La Virgen de los Sicarios*, forma parte de una serie de cuatro novelas cortas en las que Colombia y Medellín son el objeto del amor y al mismo tiempo de la parodia. Su trabajo sobre la temática de la violencia la sitúa como parte de una tradición novelística de la literatura colombiana, aunque, en consonancia con los cambios que se producen en el país y las transformaciones en esa tradición, *La Virgen de los Sicarios* ofrece una perspectiva sobre las nuevas formas de la violencia que ahora ya no tienen como escenario privilegiado el espacio rural sino el urbano<sup>2</sup>. Los actores de esta violencia, relacionada principalmente con el negocio del narcotráfico, no son solo los sectores guerrilleros asociados a los grupos del narcotráfico, sino también el Estado y los grupos paramilitares. El cambio en el ámbito de la violencia -del campo a la ciudad- se desarrolla de forma paralela a un cambio en la visión sobre las intenciones de la guerra, que dejan de verse como asociadas a un ideal comunitario para convertirse en el resultado del deseo de enriquecimiento de algunos sectores.

---

<sup>2</sup> Este cambio, por el cual la novela de la violencia pasa a desarrollarse en ámbitos preferentemente urbanos, está relacionado con el hecho de que durante las últimas sesenta décadas en Colombia la población rural ha pasado de representar un 70% del total a un 30%, con el lógico incremento de la población urbana. El crecimiento urbano, por otra parte, ha estado minado de conflictos, principalmente por el desarrollo de asentamientos espontáneos que van a carecer de servicios mínimos y por la misma ineficacia de las autoridades para dar soluciones en este sentido.

Una contextualización de *La Virgen de los Sicarios* en el seno de la literatura colombiana nos lleva a considerar la “triple conquista” de la que habla Luz Mery Giraldo (2005): la de la “conciencia histórica, la del pensamiento urbano y la de la conciencia del lenguaje como estructura”(Giraldo, 2005). Esta “triple conquista” es el resultado de las transformaciones que se producen en tres ejes temáticos de la novelística colombiana –la ciudad, el lenguaje y la historia– a partir de mediados del siglo XX.

La conciencia histórica, aunque formó parte de la literatura colombiana desde las manifestaciones americanistas de fines del siglo XIX y principios del siguiente, fue con los narradores del llamado *boom* que devino signo de compromiso político, evidenciando al mismo tiempo una mayor elaboración. En la nueva narrativa -del post *boom*– la conciencia histórica se manifiesta a través de una actitud que consiste en pedir cuentas a la historia, así como mediante la toma de conciencia y de análisis los problemas derivados de ciertos conflictos irresueltos e incomprensidos del pasado. Las propuestas varían de unos escritores a otros, pero pueden identificarse puntos de convergencia, principalmente en lo que concierne a su actitud ante el pasado, que cuestiona y relativiza la historia oficial, desmitificando ciertas figuras históricas e ideologías ejemplares.

En lo que se refiere a la conciencia del lenguaje, si en la literatura del *boom* se había producido una toma de conciencia de la palabra elaborada, es decir, conciencia estética que marcaba una autorreflexión acerca del trabajo de creación del escritor, en la narrativa posterior, sin embargo, nos encontramos ante una actitud nueva definida por una voluntad transgresora respecto a los modelos de aquella literatura de los sesenta, que pretende expresar otras condiciones de vida, insertos ya en la llamada posmodernidad.

Por último, la conquista del pensamiento urbano supone un cambio en la perspectiva desde la que la ciudad se inserta en la literatura, pasando de ser un telón de fondo, o uno de los polos de la dialéctica civilización-barbarie, para convertirse en una realidad que determina una manera de estar *en y ante* el mundo. La ciudad, además, deja de ser el espacio ideal para convertirse en un espacio problemático, habitado por contradicciones en el orden ideológico, social, político y religioso.

A partir de los setenta la multiplicidad de propuestas es muy amplia. Aun así, es posible encontrar en la mayoría de los autores una actitud crítica que

o bien mira hacia el pasado para comprender mejor el presente, o bien se instala en un presente vacío ante el cual adopta una postura irónica y burlesca, cuestionando sus valores o recurriendo al gusto por la frivolidad y el consumismo como denuncia enmascarada de ese vacío. De esta multitud de propuestas se derivan concepciones acerca del lenguaje y la escritura muy diferentes, aunque la mayoría presenta una voluntad transgresora y de ruptura, y un intento de apelación al lector. Se produce una especie de “fatiga del macondismo” (Giraldo, 2005), a la que se une un desencanto generalizado respecto a las utopías presentes en los años sesenta y principios de los setenta, además de una cierta desesperanza ante las condiciones actuales como la aceleración del tiempo, la masificación y el individualismo, el triunfo inevitable y total de la sociedad de consumo que da lugar a nuevos valores.

##### 5. UNA REPRESENTACIÓN PROBLEMÁTICA DE LAS RELACIONES ENTRE CIUDAD, INTELLECTUAL Y NACIÓN

*La Virgen de los Sicarios*, en tanto discurso literario, no se analizará aquí ni como reflejo de una realidad, ni como reflejo de una ideología, sino como un discurso que trabaja sobre la ideología y que al mismo tiempo forma parte y conforma un campo, el literario, que es también ideológico. En este sentido, nos adherimos a Terry Eagleton, quien sostiene que “[f]iction does not trade in imaginary history as a way of presenting real history; its ‘history’ is imaginary because it negotiates a particular ideological experience of real history” (1980:77). La historia, la sociedad no son el objeto inmediato del texto artístico, sino que este “works [...] upon ideological forms and materials of which history is, as it were, the concealed underside” (1980:74).

Desde esta perspectiva, veremos cómo la figura del narrador representa de forma problemática –estableciendo un diálogo entre el pasado y el presente– la doble función que durante el siglo XIX tuvieron los intelectuales orgánicos, cuestionando el papel de la letra, así como de mitos y símbolos, en la edificación de la nación y de la ciudad como *locus* privilegiado desde el que se construye la comunidad nacional imaginada.

Por un lado, el personaje de Fernando –narrador que comparte el nombre y ciertos datos biográficos del autor –real– se presenta como un escritor: “a mí con

mis dudosos lectores” (62), jugando por momentos con la ambigüedad entre una historia que a veces parece estar narrando de forma oral y otras de manera escrita: “que va fluyendo por esta frase mía” (58), “[p]ero concentrémonos en Alexis que es la razón de esta historia” (48). La figura del narrador se construye, más aún, como un escritor con una amplia cultura literaria a través de las múltiples referencias intertextuales más o menos explícitas que pueden rastrearse en el texto –sin recargamientos balzacianos” (13) o varias alusiones a las coplas de Jorge Manrique a través del símil de la vida como río, entre otros.

Por otro lado, Fernando se define como gramático “¿Yo un presunto “sicario”? ¡Desgraciados! ¡Yo soy un presunto gramático!” (62). Su ‘alma’ de gramático aflora constantemente, quejándose del “televisor y sus continuos atentados al idioma”, mostrando sus conocimientos en esta disciplina o corrigiendo a sus ‘paisanos’.

La figura de este intelectual, escritor y gramático, representa de forma problemática y paradójica esa relación que se había dado entre intelectual, las letras y el poder en el siglo XIX. No se trata únicamente de problematizar esa relación, lo cual ya vimos que se produjo a fines del XIX, cuando aparece un intelectual comprometido políticamente pero ya distante del poder, situado muchas veces en una posición crítica respecto a este –el caso de Martí que señala Ramos (1989). En el caso de Fernando –el personaje– convive el intelectual crítico del poder y el gramático que, a través de su ángel Exterminador, su amante sicario, busca imponer el orden sobre la “raza limosnera” (19) que habita la ciudad. En este sentido, su figura se asemeja a la del educador cívico, que impone, a través de sus discursos, lo que *debe ser*, la “normalidad”, que permite controlar el caos de los cuerpos –los ciudadanos– en el espacio.

Los discursos que entretiene el narrador lo separan tanto de las esferas del poder como de la actitud paternalista respecto al pueblo que asumieron en muchos casos los intelectuales críticos<sup>3</sup>. Su crítica feroz, que no deja títire

<sup>3</sup> La posición ideológica del narrador que puede definirse a partir de la lectura de la novela ha sido discutida en diversos artículos. Rory O’Bryen (2004) afirma que existe una ambigüedad en ese sentido, derivada del continuo énfasis del narrador en el carácter mediado de su representación de la ciudad y al mismo tiempo su “overt claims to *vraisemblance*” (p.195); “[s]uch an ambiguous representativity is indicative of Vallejo’s self-location simultaneously inside and outside the margins of Colombia’s cultural space” (p.198). Otros autores, sin embargo, remarcan la posición nostálgica, fascista y misógina del narrador en la que no se percibe una posible ambigüedad (Jáuregui y Suárez, 2002; Franco, 2003).

con cabeza, tiene como objetivo al poder político —el Estado es el “primer atracador de Colombia” (63), “el presidente es el “primer delincuente impune” (26) — y sus aparatos represores —la policía solo hace acto de presencia, se ‘corporeiza’, para robar, matar, o andar “extorsionando en el centro”-; al poder de la Iglesia —la cual, como los demás estamentos de poder, roban y envilecen al pueblo— o el poder alternativo que surge en Colombia con el narcotráfico. Este último ha transformado definitivamente la ciudad de su niñez, atestándola de “infinitos carros comprados con dineros del narcotráfico” (117) o de sicarios sin trabajo que ahora se dedican a matar por su cuenta convertidos así, ironiza el narrador, en “libre empresa, la iniciativa privada” (48). En este sentido, el artista, el intelectual, aparece como un exiliado en su misma ciudad, a la cual ya no reconoce, no solo porque ha cambiado su aspecto físico, sino porque han cambiado los valores —ahora ya no hay valores—. De ahí que hable de sus contemporáneos como seres antediluvianos, porque los cambios han sido profundamente drásticos.

Frente al intelectual-literato de fines del siglo XIX, la representación del intelectual que construye *La Virgen de los Sicarios* se sitúa en un contexto histórico en el que definitivamente se ha alejado del poder, frente al cual se coloca en posición *hiper*-crítica, y en la que han sido cuestionadas “the legitimation narratives which had justified the literary intelligentsia as a disinterested group that, precisely because of their disinterestedness, could claim to represent truth (Franco,1997:265). Incluso, el rol de las letras en la edificación de la sociedad ha cambiado. Estas han sido suplantadas por los medios de comunicación y su lenguaje en el proceso de socialización —algo que se ve claramente en Alexis, cuya “pureza incontaminada de letra impresa”, Fernando confiesa, es lo que más le gusta, “[I]o demás es palabrería hueca zumbando en la cabeza” (64). En este sentido, se pueden ver las zonas de ambigüedad que definen el pensamiento del narrador, quien se muestra obsesionado por las cuestiones relacionadas con el lenguaje, haciéndose extensiva esta obsesión al tema del orden en el espacio urbano<sup>4</sup>, y a la vez deja entrever su escepticismo respecto al poder de las letras,

---

<sup>4</sup> La gramática sería la imposición de un orden sobre la realidad informe (orden de la representación), caótica, la misma imposición de sentido, de orden sobre el caos urbano que el gramático pretende establecer sobre el espacio urbano. Estableciendo una analogía entre espacio urbano y texto, el narrador estaría intentando imponer un sentido unívoco en ambos, relacionando, en esta misma línea, la teoría del signo según la cual a cada signo corresponde una realidad unívoca.

de la lengua, en esta situación de violencia, de guerra total que atraviesa Colombia. Esta ambigüedad se hace patente claramente cuando Fernando, con cierta ironía, le da la razón al ex presidente Barco, para quien “todo el problema de Colombia es una cuestión de semántica” (68-9).

Por un lado, esta cuestión nos permite establecer relaciones interdiscursivas con el discurso histórico en Colombia, nación que, como señalábamos antes, fue gobernada durante varias décadas por gramáticos, quienes hicieron de la lengua un instrumento de legitimación en lugar de una forma de comunicación que permitiera al pueblo y los políticos deliberar acerca de los asuntos que les concernían como nación. Al mismo tiempo que una crítica a ese proyecto de nación excluyente, en el que el monopolio de la lengua estuvo en manos tanto del poder político como el de la Iglesia —a través de su monopolio de la educación—, el tono irónico que adquiere esa afirmación en medio de una continua violencia se muestra como un cuestionamiento acerca de la capacidad de representación del lenguaje. Las palabras antiguas ya no se usan, Medellín es ahora “Metrallo”(65) y estar “enamorado” de alguien significa querer matarlo (79). Esta cuestión se hace evidente en el discurso del narrador principalmente en una ocasión, en la que, en una de sus continuas críticas al discurso sociológico y sus interpretaciones de la realidad, afirma que no se trata de que al “desquiciamiento de una sociedad se [siga] el del idioma”, sino que “el idioma es así, de por sí ya es loco” (79).

Otro lugar desde el que se puede señalar la crisis de las letras en la sociedad es el de las leyes. Con ironía, este letrado, Fernando, habla de Colombia como país de leyes y constituciones en el que, sin embargo, “hay leyes pero no hay ley” (119), o “[l]a ley [...] es la impunidad”(26). La cuestión de las leyes no es secundaria, ya que está íntimamente relacionada con la posición de letrado que adopta el narrador. Como apunta Graciela Montaldo (1995:116), “cuando se anula la ley la inseguridad de los letrados es suprema”. De ahí el discurso de este narrador, gramático, solicitando continuamente algún tipo de ley que le proteja, incluso llegando —en una nueva aflojación de su voluntad ordenadora— a defender la vuelta a la ley del Talión, que el Estado, con toda su hipocresía, no deja aplicar. Por otro lado, el tema de la anulación de la ley se relaciona con la existencia de un conjunto poblacional iletrado, identificado con el antes campesino y ahora habitante de las

comunas. Así se apunta a un problema actual: aquel sujeto al que se le había dejado fuera de la comunidad nacional que se construyó a partir de las constituciones, ese *no* ciudadano, por no ser sujeto de la ley –ley que no podía comprender, ya que eran leyes escritas– hace su aparición como *lo* reprimido –con todo su sentido amenazador– en la escena urbana.

En *La Virgen de los Sicarios*, la “República de las Letras”, en la cual la escritura tenía un claro cometido, la ordenación de lo caótico a través de un sistema de representación, ha entrado definitivamente en crisis. Y junto con las letras, en esa relación de identidad que se estableció entre ambos, el mismo proyecto modernizador. En este sentido, si la ciudad había sido en el discurso de los intelectuales el emblema de la modernidad, el lugar por definición del ciudadano de la nación –el sujeto de las leyes–, ahora se ha convertido en un símbolo de la degradación de la sociedad. Si bien los imaginarios asociados a las ciudades tendieron en algunos casos a mostrarlas como espacios de degeneración, lugares donde habitaba el vicio –principalmente desde fines del siglo XIX–, y, paralelamente a idealizar el campo, la ciudad fue el ámbito de la civilización por excelencia, y su crítica fue también la crítica a un modelo de civilización. En el caso de Colombia, el imaginario asociado a la ciudad, desde el auge del café y hasta mediados del siglo XX, la presentó principalmente como un “development pole towards which the country should tend, as a finished form of the space the modern state/nation was supposed to be, as the place for the dissolution of customs and traditions, and as creating the atmosphere allowing the propagation of ideas expanding horizons” (Herrera, 73) –ideas que, reversiblemente– se entendió que podían resultar una amenaza para el orden social.

A esa sensación de amenaza, provocada por las profundas transformaciones que atraviesa la fisonomía de las ciudades así como la propia organización social, se une en la representación del espacio urbano que la novela construye una serie de discursos apocalípticos –los arroyos otrora cristalinos son ahora alcantarillas– y un discurso sobre los desechos del progreso y de la “avalancha” humana. Los discursos sobre la marginalidad y la criminalidad urbana se reformulan condensándose en una nueva imagen que es la de la “polución humana”. Sin embargo, para el narrador, la ciudad no está únicamente contaminada por la presencia de estos seres humanos “desechables”,

sino por el mismo ruido que generan las radios encendidas todo el día, en las casas, en los taxis, en los autobuses, reproduciendo las canciones que para él representan a esa cultura de masas que desprecia, y el desorden que generan los taxis comprados con dinero del narcotráfico que atestan la ciudad. En esta situación, para Fernando, la naturaleza y su furia, junto con la miseria que se reproduce y genera violencia, son las imágenes que preludian un final apocalíptico que será igual para todo el planeta tierra (118).

Desde esta perspectiva actual, la ciudad no puede ser ya el emblema de esa modernidad deseada por intelectuales como Sarmiento, no solo porque los discursos de la modernidad han sido desenmascarados en lo que de excluyentes tenían, sino porque el mismo proceso de modernización económica y social que permitiría a las nuevas naciones entrar en esa modernidad deseada es ahora considerado como un espejismo, una ilusión. La idea de modernización es continuamente ridiculizada por el narrador. En medio de semejante catástrofe, Fernando ironiza acerca del progreso en Medellín, comentando que “las armas de fuego han proliferado y yo digo que eso es progreso, porque es mejor morir de un tiro en el corazón que de un machetazo en la cabeza” (40-1). Los emblemas de una supuesta modernización, de un progreso, en su estado actual, se convierten en símbolos de lo opuesto: el tren que en “su desmesura idiota” se alza “inacabado, detenido en sus alturas y convertido abajo en guarida de mendigos y ladrones” (163). La situación del tren resulta además paradigmática de la actuación de los poderes políticos, que “endeudaron a Antioquia para hacerlo y se robaron la plata” (163).

Por otro lado, la ciudad ya no presenta unos límites claros, ni desde un punto de vista físico ni simbólico, como ámbito de la civilidad. Las comunas, esos barrios de calles laberínticas, levantados por los campesinos en tierras robadas, han invadido la ciudad, trayendo consigo la barbarie. Las comunas son “la chispa y leña que mantienen encendido el fogón del matadero” (118). Por eso, su abuela, que no las conoció, “se murió sin. En santa paz” (73).

Sin embargo, de alguna forma, Fernando intenta mantener una separación en su representación de la ciudad, por eso dice que “bajo un solo nombre Medellín son dos ciudades: la de abajo, intemporal, en el valle; y la de arriba en las montañas, rodeándola. Es el abrazo de Judas” (117-8). Esa ciudad de abajo, intemporal, es la ciudad letrada, la que atesoraba la pureza del *lenguaje* defendida

por los gramáticos como Miguel Caro, un lenguaje ajeno a las vicisitudes históricas, ajeno a la impureza del habla (*parole*) del pueblo.

Las comunas se han instalado en el lugar de una naturaleza que ahora, en el recuerdo del narrador, aparece como idílica, “sólo cerros y cerros y mangas y mangas” (158), y allí, en lugar de campesinos y sicarios asesinos estaba “El Chupasangre”, que chupaba a los niños que se desperdigaban. Pero el orden únicamente puede establecerlo en la representación simbólica de esa división, una ciudad de arriba y una de abajo, ya que en la “realidad”, el flujo de los cuerpos –al menos de las comunas al centro de la ciudad, aunque no al revés– cuestiona las fronteras que Fernando intenta establecer para resguardar al mismo tiempo la ciudad de su recuerdo, de su niñez y esa ciudad letrada de la que, por momentos, como gramático, se erige en representante.

El narrador aparece no solo como un gran *desenmascarador* –señalando la corrupción del poder-, sino que es también un *desmitificador*. Sus palabras implican una revisión de los grandes mitos de la historia nacional y de la región de Antioquia, cuya población ha tenido fama de laboriosa. En este caso, el intelectual ya no es ese ser bifronte, al mismo tiempo constructor de símbolos de la nacionalidad, resguardo de la tradición, y fundador de un espacio crítico: el narrador de la novela representa al intelectual –marginal con respecto a la esfera del poder– cuya función, reemplazado por tecnócratas en la tarea de imaginar la nación, no es la de producir símbolos sino la de cuestionarlos. Así, el campesino colombiano, según la imagen que construye el narrador, ya no es gente humilde y trabajadora sino la “plaga mayor”, la “alimaña más dañina, más mala” (120), que se reproduce como las ratas y que, contrario a lo que se piensa, no llegó a la ciudad huyendo de la violencia, sino que el mismo la trajo como una más de sus costumbres: “rezar el rosario, beber aguardiente, robarle al vecino y matarse por chichiguaguas con el prójimo en peleas a machete” (40). También el mito de la sociedad antioqueña como una sociedad moderna es cuestionado a través de sus continuas referencias a la importancia de la religión católica –que con toda su intransigencia aparece como un índice de pervivencia de la tradición– y la cultura del alcohol, relación que hace explícita e hiperbólica cuando comenta que “[c]iento cincuenta iglesias tiene Medellín, mal contadas, casi como cantinas” (75). En el discurso de Fernando, poco queda de la imagen de una

Antioquia próspera económicamente, el progreso no es posible, no se pueden montar empresas, porque

¡qué empresa va a prosperar aquí con tanta prestación, jubilación, inseguridad, impuestos, leyes! Impuestos y más impuestos pa que a la final nu haiga con qué tapar un hueco [...] ¿Y una industria? La industria aquí está quebrada: para todo el próximo milenio. ¿Y el comercio? Los asaltan. [...] El campo también es otro desastre. Como está tan ocupado en la procreación, el campesino no trabaja. ¿Y de qué viven? Viven del racimo de plátanos que le roban al vecino, hasta que el vecino no vuelve a sembrar” (63).

De la misma forma, el narrador dirige sus palabras contra una posible visión “romántica” del pasado, cuestión sobre la que él mismo ironiza: “en las noches alborotadas de cocuyos y chapolas, a la luz de una Cólman, encendidos por el aguardiente y la pasión política se mataban los conservadores con los liberales a machete por las ideas. Cuáles ideas nunca supe, ¡pero qué maravilla! (138). Así, el narrador revela una de las claves de los inicios del conflicto: una afiliación a los dos partidos desprovista de contenido social, marcada por una diferencia convertida simbólicamente en cuestión de esencias: a Conservative essence linked to the spiritual aspect of human nature and a Liberal essence that denied that spiritual foundation” (Rojas,2001:20). La moral católica, la Iglesia, ha sido un terreno de disputa fundamental en la historia del conflicto que sigue en la actualidad. La iglesia, encargada de la educación nacional, “no se preocupó o no encontró una metodología para contribuir a desarrollar una civilización estatal o una comunidad civil”, centrando su atención, principalmente, en el desarrollo de “la comunidad religiosa”, preocupada por crear “buenos católicos” (Roux cfr.Jaramillo Vélez, 2006), que no tenía porqué ser equivalente a la construcción de buenos ciudadanos. La falta de valores en la sociedad civil de hoy está relacionada con esto, ya que normas relacionadas con la vida ciudadana podían infringirse sin problema mientras se cumplieran los mandatos de la iglesia y de Dios.

Otras posiciones ideológicas que constantemente sostiene el narrador a través de sus reflexiones arremeten contra otras ideologías, como la del mestizaje, que en el pensamiento de la élite criolla colombiana se instituyó como fundamento para construir una ‘comunidad imaginada’ basada en la eliminación de las diferencias raciales (Rojas, 2001:12). Para Fernando, “[d]e mala sangre, de mala raza, de mala índole, de mala ley, no hay mezcla más mala

que la del español con el indio y el negro: producen saltapatrasas o sea changos, simios [...] Españoles cerriles, indios ladinos, negros agoreros: júntelos en el crisol de la cópula a ver qué explosión no le producen con todo y la bendición del papa” (129). Junto con ese “alma clerical, tinterilla, oficinesca, fanática del incienso y el papel sellado” –que remite claramente a la religión católica y al poder de la lengua a través de las leyes y el aparato burocrático, pilares sobre los que se asentó la hegemonía conservadora– el mestizaje y la raza “traicionera, y ladrona, asesina y pirómana” que sale de este, “es la obra de España la promiscua”, lo que “dejó cuando se largó con el oro” (129). El resultado de la mezcla mediante la cual la élite criolla veía la posibilidad de mejorar las razas consideradas inferiores –la india y la negra– aparece aquí como algo unido a la degeneración de la civilización. En un mismo movimiento, el narrador enarbola como bandera un discurso que construye una imagen negativa del pueblo –exenta de todo paternalismo– que contrasta con su actitud ante los sicarios, sus jóvenes amantes. El pueblo ya no aparece como el sujeto interpelado por los discursos nacionalistas del intelectual, sino como esa multitud no solo amenazante –una imagen que cuenta con una larga trayectoria en el discurso intelectual– sino degenerada, que acaba con todo, dejando la ciudad y el campo hechos un desecho: “[E]ra la turbamulta invadiéndolo todo, destruyéndolo todo, empuercándolo todo con su miseria crapulosa [...] Y ese olor a manteca rancia y a fritangas y a gases de cloaca... ¡Qué es! ¡Qué es! ¡Qué es! Se ve. Se siente. El pueblo está presente” (92-93).

## CONCLUSIÓN

En el presente trabajo, el análisis del lugar de enunciación que el texto construye –en diálogo con otras posiciones discursivas– ha sido clave para comprender la representación problemática de los binomios que han dominado la historia intelectual y cultural latinoamericana: civilización-barbarie, modernidad-tradición, campo-ciudad, oralidad-escritura. El caos y la violencia que dominan el espacio urbano, antaño lugar pensado como espacio de la civilidad y el orden, convierten en una tarea imposible la de establecer la ciudad como el *locus* de una comunidad nacional imaginada desde los mismo parámetros que lo hizo la élite criolla del siglo XIX y comienzos del XX. Las diferentes posicionalidades, a veces contradictorias, adoptadas –o con las que

dialoga críticamente— por el narrador en su representación de la ciudad y de la comunidad nacional —que oscila entre el legislador y el intérprete también (Bauman,1997)-, las zonas de ambigüedad y las frecuentes ironías, señalan hacia una problematización de la misma representación, que aparece siempre como resultado de una mediación. En los ‘lugares’ donde se produce la fricción entre discursos, allí donde la postura ideológica adquiere un carácter hiperbólico, aparece la representación de la violencia y se hace explícita la violencia de la representación, aquella que ejerció el poder —de los letrados— en su afán por ordenar y controlar a través de la letra.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AÍNSA, F. (2002): “¿Espacio mítico o utopía degradada? Notas para una geopolítica de la ciudad en la narrativa latinoamericana”, en De Navascués (ed.) (2002): *De Arcadia a Babel: Naturaleza y ciudad en la literatura hispanoamericana*, Madrid, Iberoamericana, p. 19-40.
- BAUMAN, Z. (1997): *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales*, Editorial Universidad Nacional de Quilmes.
- DEAS, M. (1992): “Miguel Antonio Caro and Friends: Grammar and Power in Colombia”, en *History Workshop*, núm. 34, otoño, pp.47-71.
- EAGLETON, T. (1980): *Criticism and Ideology*, Londres, Verso, 1976.
- FRANCO, J. (1997): “Latin American Intellectuals and Collective Identity”, en *Social Identities*, vol. 3, núm. 2, pp. 265-274.
- (2003): *Decadencia y caída de la ciudad letrada : la literatura latinoamericana durante la guerra fría*, Barcelona, Debate.
- GIRALDO, L. M. (2005): *Cuentos y relatos de la literatura colombiana*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- GORELIK, A. (2004): *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- HERRERA, C. (2003): “The City as a Modernizing Paradigm: Colombia in the First Decades of the Twentieth Century”, en *Paedagogica Historica*, vol. 39, núm.1, pp. 65-74.
- JARAMILLO VÉLEZ, R. (2006): “La postergación de la experiencia de la modernidad en Colombia”, Universidad Javeriana, (25.04.2006) <http://www.javeriana.edu.co/Facultades/CC.Sociales>
- JÁUREGUI, C. y SUÁREZ, J. (2002): “Profilaxis, traducción y ética: la humanidad “desechable” en *Rodrigo D. No futuro, La Vendedora de rosas y La Virgen de los Sicarios*”, en *Revista Iberoamericana*, vol. LXVIII, núm. 199, pp.367-392.
- MARTÍN-BARBERO, J. (2001): “Globalización e integración desde la perspectiva cultural.”, en Lasarte, J (ed.), *Territorios intelectuales. Pensamiento y Cultura en América Latina*, Caracas, Fondo Editorial La Nave Va, pp.35-50.

- MONTALDO, G. (1995): "El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento", en González Stephan, B. et al, *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Monte Ávila, Caracas, pp.103-123.
- MORSE, R. (1978): "Latin American Intellectuals and the City, 1860-1940", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 10, núm. 2 (Nov., 1978), pp. 219-238.
- O'BRYEN, R. (2004): "Representations of the city in the narrative of Fernando Vallejo", en *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 13, núm. 2, pp.195-204.
- RAMA, Á. (1984): (1984): *La ciudad letrada*, Ed. del Norte, Hanover.
- RAMOS, J. (1989): *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México.
- ROJAS, C. (2001): *Civilization and Violence: Regimes of Representation in Nineteenth-Century Colombia*, Univ.of Minnessotta Press, Minneapolis.
- VALLEJO, F. (1994): *La Virgen de los Sicarios*, Madrid, Punto de lectura, 2001.
- WALDE URIBE, E. von der (1997): "Limpia, fija y da esplendor: el letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX", en *Revista Iberoamericana*, vol. LXIII, núms. 178.179, enero-junio, pp.71-83.
- WILLIAMS, R. (2001): *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós.